



O. Completas
Tomo VIII

LA TRAGEDIA DE LUIS ROSS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1908.

De entre las cartas que suelo recibir de la América toda española, pero singularmente de la Argentina y de Chile empezaron á llamarme la atención, hará de esto unos tres años, las de un joven chileno, Luis Ross Mujica.

Con una gran seguridad de trazo material y espiritual, sin brillantes ni retorcimientos, en un estilo profundamente honrado, sencillo y sincero, en un estilo sano, me comunicaba noticias sobre el estado de su patria, á la que amaba con amor tan entrañable como clarovidente.

Era el suyo un patriotismo elevado y noble, sin sombra ni mancha alguna de patriotería plebeya; era un patriotismo como el que quisiera alimentáramos aquí para con nuestra España los españoles.

El cogollo de su patriotismo era anhelar que Chile, su patria, llegase á ser la dictadora de la cultura en Sud América, la maestra espiritual de todas las naciones que ahí brotaron de la colonia.

Púseme al punto en correspondencia asidua con él, y así, á la tan larga distancia, y por escrito, llegamos á intimar. Llegábanme sus cartas encendidas en calor de juventud y de honradez; de sus hojas me subía al pecho un aliento sereno y noble. Le hice uno de mis consultores y consejeros en cuanto á Chile se refería. Y él comprendió muy pronto cuán profundamente había llegado á interesarme su patria; vió el interés por ella que se encerraba en ciertos ataques, acaso un poco harto duros, contra intemperancias de algunos de sus hijos irreflexivos, que aunque sin quererlo la ponían en ridículo.

Guardo cuidadosamente las cartas que desde Chile me escribió Luis Ross y espero publicarlas, comentadas por mí, algún día.

Algo más había que me llevó á intimar con Ross, y era encontrarle exento y libre de casi todos los gratuitos prejuicios que acerca de España, y las cosas y los hombres españoles, abrigan por ahí aun tantas gentes que nunca nos han visitado, ó si

lo han hecho ha sido de pasada y sin querer mirar. No habían logrado contaminarle las ridículas leyendas que sobre nosotros corren, leyendas nacidas en su mayoría de la incomprensión, cuando no de la envidia—así, como suena, de la envidia—de ciertos extranjeros que ni han logrado penetrar en nuestro espíritu, ni llegan á conformarse con eso de que nuestra lengua sea la lengua de las naciones de más porvenir acaso en el mundo.

Un día me anunció Luis Ross su venida á España. Venía recién casado, en jornada de estudio y en jornada también de aprendizaje de la felicidad. Venía á ensanchar y enriquecer el espíritu, bajo la égida del casto amor de por vida, venía á fundar una carrera y una familia, á estu-

diar á la luz de los ojos de una compañera. Esperaba tener aquí, en España, patria de muchos de sus antepasados, su primer hijo.

Empezó por sorprenderme con sorpresa de satisfacción y de agradecimiento—agradecimiento, sí, en nombre de España—el que se detuviese una temporada en Galicia. No era de esos que se lanzan disparado á Madrid, suponiendo acaso que para conocer un país basta visitar su capital, ó se van á recorrer las obligadas estaciones de «l'Espagne pittoresque», á presenciar una corrida, una juerga gitana ú otra modiglianga por el estilo. No, Ross se detenía en Galicia, á ver despacio este hermosísimo rincón de España y á conocer en su propia tierra, en su ámbito propio, á esos honradísimos y nobles gallegos, cuyo nombre ha llegado á tomar una estúpida significación despectiva en boca de mentecatos y de petulantes. Estudiaba allí, de paso, nuestra emigración, que es allí donde se cultiva.

Desde Galicia se vino acá, á Salamanca, y aquí permaneció como cosa de mes y medio. Y desde el día primero en que nos miramos á los ojos y nos apretamos las tibias manos, parecía unirnos una amistad de la infancia. Era, en efecto, como si nos hubiésemos conocido desde antes de entrar en razón, como si nos hubiésemos criado juntos—aun á pesar de la diferencia de edad, pues yo le llevaba cerca de veinte años—tan á compás latían nuestros pensamientos. Me ganó desde el primer momento aquel joven toda curiosidad simpática, activo, inteligente, incansable en aprender. Su nunca saciado anhelo de enterarse machiembraba estrechamente con mi nunca saciado anhelo de enterar á los demás de todo aquello de que creo saber algo. Su comprensividad insaciable correspondía á mi insaciable proselitismo.

Empecé á informarle de España y empezó él á informarme de Chile. A mi «¿usted esto y esto y esto?» respondía él de igual modo. Figurábasele que yo guardo ciertos recelos respecto á su patria, que por conductos interesados contra ella he recibido nociones que la perjudican. Le dolía, sobre todo, y así me lo dijo muchas veces, cierta frase mía, en que hablando de Chile, lo había hecho como de un país de cartagineses organizados para el botín de guerra y al cual el salitre había corrompido. «Tiene usted que rectificar», me repetía. Y empezó á mostrarse el Chile de sus ensueños y sus esperanzas, un país ordenado, sobrio, grave, preocupado de cultura y de justicia. Le hicimos dar una conferencia sobre su patria en un casino de esta ciudad. Se le oyó con curiosidad benévola y con simpatía y supo á poco. No estaba adiestrado á dar conferencias; por temor á abusar de la paciencia del público se precipitó. Aquella nerviosidad, aquella falta de dominio de sí nos lo hacía más simpático.

Hablábamos mucho de esta mi patria, de España, y mucho también de la suya, de Chile. Hablábamos de la guerra del Pacífico, del detentamiento de Tacna y Arica, de la oligarquía conservadora chilena, de Balmaceda y su obra incumplida, del alcoholismo, plaga de su tierra, contra el que había en ella combatido denodadamen-





te, del lujo, de mil cosas más. Nunca olvidaré sus relatos y sus juicios de los terremotos y cuántas veces le oí decir que en cierto respecto éstos fueron una lección provechosa para Chile, una advertencia contra los desenfreños del lujo de los oligarcas ensañitrados.

Era un patriota, todo un patriota, un patriota tan encendido como sereno, tan enrañado como clarovente. Recordábame á aquellos austeros y nobles romanos que, bajo los esplendores envenenados del Imperio, recordaban las sobrias virtudes de la vieja república, la de los campesinos belicosos.

A propósito de una novela chilena—«Vida Nueva», de Rodríguez Mendoza—hablamos mucho del estado moral de la sociedad de Santiago, y Ross tronaba, lleno de espíritu apostólico, contra la juventud dorada, sin fe en nada noble, á la caza de una heredera rica y de placeres cómodos, con el sueño de ir á pasar una temporada en París, la ciudad de las ciudades, y sin ideal alguno moral de hondas raíces. No podía transigir con esa ridícula pseudoaristocracia que explota un apellido respectable y menos aun con esos mocitos bueros que van á París no á más que á aprender á acicalarse y sonrosarse las uñas—el caso es auténtico y se refiere á un compatriota suyo.—ó á cualquier otra memez por el estilo. Me celebró mucho aquella frase de poeta de pelo corto ó ingenio largos.

Con este espíritu apostólico, con este nobilísimo patriotismo—que era su religión—figuraos cómo estudiaría á esta nuestra España.

Su inteligencia era la forma de su austera y nobilísima rectitud moral, era inteligente, inteligentísimo, en puro honrado. Era la limpieza de sus propósitos y de sus intenciones lo que le hacía ver claro. No podía aceptar eso de que haya un venio canalla; el amoralismo de ciertos literatos le sacaba de quicio de paciencia.

«Lo primero es ser persona honrada y sana», repelía. Y en esto conformábase. Creía, como creo yo, que si se examina despacio la obra de un hombre de vida innoble, por brillante que la tal obra aparezca á primera vista, fijándose y abundando se descubren su artificio, su insinceridad, su endeblez. Sólo perduralo que es moralmente noble, lo que dignifica al que lo contempla ó estudia.

Aquí lo escuchaba todo. Me acompañó á ver pueblitos, ó conocer gentes del campo; me acompañó también á presenciar el homenaje que una pequeña villa, Peñaranda, rindió á un viejo maestro de escuela en el día de la jubilación de éste. Y por donde iba ganándose amigos, conquistándose simpatías.

Enviaba desde aquí, desde España, correspondencias al «Diario Ilustrado» de Santiago de Chile, correspondencia que tamos á publicar en un volumen sus amigos españoles. El espíritu henchido de simpatía hacia esta nuestra tan calumniada como mal conocida patria española, llegó á llamar la atención de algunos de sus compatriotas y no ha faltado quien le escribiera sobre ello. Decíale que chocaba allá, en Chile, su decidido amor á España y que no se lo explicaban sino suponiéndole bajo la sugestión de algún hombre de in-

teligencia que no le dejaba ver sino lo que á esta tierra enaltece y honra. El podía haberse contentado que veían y se enteren por sí mismos y que ellos, los que suponían tal cosa, se hallan también bajo sugestión de otros, y no inteligentes por cierto. Podía... no! no podía haberles contestado: la muerte le cerraba la mano que tan noblemente escribía la pluma.

Muchas veces se me lamentó de esta fatal manía que los españoles tenemos de calumniarnos los unos á los otros y de calumniar á España. De esto me hablaba en las cartas desde Madrid.

Pues de aquí se fué á Madrid, á seguir estudiándonos. Esperaba un hijo y el hijo le llegó, pero muerto. El destino trágico, la terrible «moira» de los esferas, embezaba á cernirse sobre su noble cabeza, sobre su noble corazón. Era acaso demasiado duro para la tierra.

En Madrid le pasó lo que aquí, lo que en todas partes; recorrió su camino ganándose corazones. Y apostrofando. Disputa con aquellos compatriotas á quienes encontraba con objeto de inducirlos á que se detuvieran en España, predicaba espafiolismo á los chilenos, chilénismo á los españoles. A las veces no podía contenerse. Al ver, por ejemplo, un grupo de badulaques que contemplaban con la boca abierta á unos toreros que estaban tomando café, estruñía en un: «pero que miran así, imbéciles!» y se murió sin haber visto una corrida de toros.

Se murió: ésta es la sentencia fatal de este recuerdo: se murió. Un día aquel joven robusto de alma y de cuerpo, de uno y de otro sano, cuya inteligencia era virtud, se sintió mal, fué á un sanatorio, le operaron una apendicitis y á los dos días se dormía para siempre en la frialdad y el silencio de la muerte. Se consumó la tragedia. Murió lejos de su patria y dejando aquí, sola y sucumbida á su pobre compañera, á la que vino á confortarle en sus trabajos y á enseñarle la facilidad de ser un honrado varón de hogar. Cuando recibí el telegrama que me anunciaba su muerte no lo quise creer. Me parecía imposible que hubiese muerto en la flor de su edad, á los veinticinco años, un hombre sano, noble, inteligentísimo, cuando tantos mentocatos y tantos degenerados arrastran una larga é inútil vida. «Hasta esta des-





gracia, ha de tener nuestra pobre España—me decía—de que cuando viene á ella un alma noble, comprensiva, limpia de recelos, ansiosa de verdad y de amor, nos la lleva Dios al punto.

La muerte de Ross es una degracia para Chile y una desgracia para España; estoy de ello completamente cierto. Para él mismo tal vez no le ha sido. El golpe, el terrible golpe, ha descargado sobre todos los que le quisimos, sobre todos los que le conocimos, sobre sus amigos, sobre su familia, sobre su desolada compañera—toda bondad é inteligencia como él—sobre todo, pero acaso á él, al noble espíritu que se nos fue, le haya sido un bien. Ya los antiguos decían que aquel á quien los dioses aman se muere joven, pero aparte esto, ¿qué desencantos, qué desilusiones, qué tristezas acaso le aguardaban á su religioso patriotismo?

Diréis que busco consuelos sofisticos, que me constituyo en el abogado de la Providencia. No lo sé, pero no me resigno á ver algo ciego, brutal, implacablemente trágico en esta muerte del pobre Luis Ross y me obstino en buscarle una significación oculta y agorera. La muerte de un hombre tan inteligente y tan honrado tiene que obedecer á un decreto inteligente y honrado también. O es un castigo, á los que le quisimos y castigo ¿por qué? O es una liberación para él ¿y liberación de qué?

No hay mejor maestra de la vida que la muerte, sólo á la luz de ésta se ve claro el camino de aquélla. No cabe tener esperanzas sino teniendo recuerdos, pues con silabos de éstos se construyen aquéllas, ni cabe tener porvenir sino teniendo pasado. ¿Y qué recuerdos son más íntimos y arraigados recuerdos que los de aquellos que murieron? Recordando á Ross y su obra le acompañamos. Parece como si al morir nos moveremos á proseguir la obra que en ella nos hubiera dicho con un gesto de silenciosa nobleza: «¡ahí os dejo eso; seguid!»

Ha muerto con él una esperanza, pero no, no ha muerto, porque en nosotros se queda en recuerdo y nosotros en santa memoria de él, haremos algo de lo que él de haber vivido entre nosotros, habría hecho. Sobre el cadáver de un combatiente el deber de los demás compañeros de combate es cerrar filas, cubrir el hueco que dejó la muerte y seguir defendiendo palmo á palmo la tierra una vez más santificada por el corazón que á reposar en ella, de donde brotó, vuelve. Por de pronto nosotros, los amigos españoles de Luis Ross Mujica, vamos á recoger y perpetuar en un volumen con fraternal piedad, las cartas que desde esta nuestra España que amó tanto, dirigió á aquel su Chile que era el sueño de sus amores. Y cuando cumplamos este deber, en ese mausoleo á su memoria, volverá á grabar un epitafio. Algo de su espíritu ha de quedar entre nosotros.

Le debí mucho en vida, sigo debiéndole no poco en muerte. Las muertes de todos aquellos á quienes he querido—y es ya mi corazón un cenotafio bastante rico en muertos—se me han convertido siempre en fuente de íntimas meditaciones; de ellas he sacado mis más puros pensamientos y tal vez los más hondos y más altos. La

muerte de Luis Ross me ha revelado nuevas reconditeces de la Providencia y me hace meditar en la más noble y más pura forma de la inteligencia, en aquella en que ésta es el resplandor de la virtud. Irritado ante las despectivas ironías de los estetas, he protestado alguna vez de que se hablara de la «honrada» poesía vascogada. Pues sí, honrada, sí, honrada: la honradez es profundidad. Honrada mejor que brillante. La rectitud moral es la suprema inteligencia y la suprema belleza.

No en vano se me ha venido aquí á las mentes eso de la honradez de la poesía de mi pueblo vasco, porque este nobilísimo Luis Ross llevaba también sangre vasca en sus calientes venas. Su segundo apellido, el de su madre, Mujica, era un apellido vasco. Y su criterio parecía un criterio vasco, el que tienen aquellos de mis paisanos que han logrado desprenderse de ciertas disculpables pero nocivas estrecheces de visión. La supremacía en el del criterio ético, su resistencia á admitir el esteticismo amoral, todo lo denunciaba vasco de origen. Y tal vez por esto, por esta íntima liambre, por este lazo de sangre, fraternizásemos tan pronto. Y tal vez también á esto se debiera el que yo le enseñase á ser justo con España y él me enseñase á ser justo con Chile, que yo le corroborara en su interés y cariño á mi patria y él á mí en mi interés y cariño por la suya. La que del alma vasco tuviera él y tengo yo nos llevó tal vez á simpatizar mutuamente y á simpatizar ambos con nuestras respectivas patrias. Muchos americanos he conocido aquí, algunos más brillantes tal vez que Ross, ninguno más sólido, más entero, más sencillo.

Y he de decir aquí algo que tal vez resulte molesto y anodino á alguno de mis lectores, pero debo decirlo. Más de uno de aquellos de más amigos á quienes recomendaré á Ross me han dicho de él: «Pero si no parece americano...» Y es un aquí estábamos acostumbrados á recibir visita de jóvenes literatos, más ó menos melancólicos y más ó menos holgazanes, muy estetas, muy elegantes, muy ocupados de sí mismos, de sonoros y huecos silencios—he ahí la palabra para designarlos—que venían á la conquista de la gloria de vaso para París. El otro tipo del americano, el sólido, el grave, el noble, apenas lo conocíamos. De esto os puedo informar Ricardo Rojas, que conoció y trató á Ross y de quien también decíamos: «Si no parece americano...!» Y uno y otro, Ross y Rojas, protestaban viva y audientemente del supuesto y ambiguo elogio. Protestaban de él como yo he protestado siempre que de mí se ha dicho—ahora ya no tanto—que no parezco español.

Sí, Ross fué profundamente americano, chileno, y por serlo llegó á querer tanto, así que la conoció, á nuestra España. Si los que se sorprendían de este amor la conocieran como él, como él la querrían.

Mucho más me suspira la trágica muerte de Luis Ross; pero ocasión tendré de decirlo.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S